

## Escribir

Cada vez que nos hemos mudado a una nueva vivienda, lo primero que hemos tenido en cuenta para elegir una u otra es saber dónde pondríamos nuestro despacho o rincón de escritura. Por experiencia sabemos que mientras más agradable sea ese espacio elegido para la creación literaria, más placentera nos va a resultar el ejercicio de nuestra más pura vocación.

Pero no solo escribimos en el hogar, también solemos llevar un cuaderno de notas y un bolígrafo para apuntar ideas cada vez que lo necesitamos, escribir algunos versos, el comienzo de un cuento... En la ciudad tenemos nuestros lugares “literarios” favoritos (cafeterías, parques, plazas...) tanto para la lectura como para emborronar cuadernos con los inicios de nuestros próximos proyectos.

¿Tenemos algunas manías a la hora de ponernos a escribir? Sí, por qué no, acumulamos algunos rituales que llevamos a cabo por una especie de superstición que debe favorecer el futuro del libro que tengamos entre manos. También nos gusta escuchar música, e incluso decidimos poner para cada proyecto un disco distinto, convirtiéndolo así, secretamente, en su particular banda sonora.

Hay días que somos capaces de escribir un considerable número de páginas, otros apenas llegamos a un folio, y hay algunos en los que ni siquiera abrimos el ordenador. Cuánto nos gustaría tener fuerza de voluntad para imponernos una cierta disciplina a la hora de abordar una nueva obra, pero está visto que no pertenecemos a ese grupo de autores. Lo hemos intentado, pero no hay manera. Cada escritor ejerce

su dedicación como mejor se siente para ello, es una de las cosas buenas que tiene este singular oficio.

¿Por qué escribimos? Una pregunta que nos la han formulado ya en bastantes ocasiones y creemos recordar que nunca hemos dado una respuesta que nos convenza con total firmeza.

Quizás escribimos porque es un trabajo que, en toda su extensión, está repleto de pequeños placeres. Al menos para nosotros.



zumaque

## Encontrar una idea

No hay remedio, siempre llega. Ese momento en el que nos sentimos secos de ideas. Queremos empezar a escribir un nuevo libro, pero no tenemos nada que contar, o al menos eso es lo que creemos.

Siempre hemos sido muy observadores, cualidad casi imprescindible para dedicarnos a la literatura, sin embargo, ahora mismo, por mucho que nos fijemos en todo lo que vemos desde la ventana, la cafetería, el autobús... no aparece nada que nos llame la atención de esa forma que ya hemos experimentado en otras ocasiones. La verdad es que estamos empezando a preocuparnos, pues, según recordamos, nunca hemos estado tanto tiempo así.

No obstante, no queremos desesperarnos, eso sería lo peor que podríamos hacer, así que intentamos no alimentar nuestra inquietud. De alguna manera, intuimos que la idea de nuestra próxima obra no debe estar tan lejos y que cuando menos lo esperemos empezará a mostrarse, nos la toparemos por cualquier calle de la ciudad, aparecerá camuflada en algunas de las noticias de un periódico de fecha atrasada, olvidado en una esquina de cualquier bar de barrio, o vendrá adosada a una frase que oiremos sin querer al cruzarnos con una pareja de desconocidos. Y cuando por fin llegue, nos alegrará el día de tal manera, que estaremos deseando empezar a tomar las primeras notas y a compartirla con nuestras personas de suma confianza.

Al final no ha sido para tanto, pensaremos. E incluso habrá valido la pena ese paréntesis que hemos experimentado, donde no había manera que surgiera algo de nuestra imaginación que le pudiéramos dar validez para emplearlo en un nuevo proyecto.

Encontrar una idea, una buena idea, nos reconforta de tal manera que no solemos olvidar cómo fue el feliz hallazgo. Así que podemos contar como si fuera ayer cómo se nos ocurrió el germen de nuestra primera novela, aquel cuento que nos premiaron, y que fue el primero de otros tantos, o el hilo común de ese poemario que tantas satisfacciones nos ha dado. Sí, y cada vez que tenemos oportunidad (en una entrevista para algún medio, una presentación, un encuentro con lectores...) sacamos a relucir ese providencial momento que nos regaló la semilla con la que pudimos hacer nacer el árbol.

En fin, las ideas están ahí fuera, revoloteando, camuflándose, haciéndose invisibles, esquivándonos... pero tarde o temprano las que están para nosotros llegan a su destino. Eso sí, nos piden a cambio que estemos a la altura necesaria para modelar con ellas una obra de la que se sientan orgullosas de nosotros.



zumaque

## El título

Llevamos un tiempo dándole vueltas al asunto, pero no llegamos a decidirnos. Hay días que parece que ya lo tenemos claro, que no hay ninguna duda, que debe ser ese, pero el convencimiento dura poco, pues los titubeos otra vez nos asaltan. Cada vez que se nos ocurre uno nuevo, lo primero que hacemos es consultar Internet para ver si ya existe alguno igual. ¿Pero qué título para nuestro libro queremos realmente? Intentamos ser lo más original posible, aunque también queremos que sea llamativo, que atraiga, que no pase desapercibido a las miradas atentas o furtivas de los lectores en las librerías. Apuntamos varios candidatos en un cuaderno y hacemos una encuesta entre familiares y amigos. De las cuatro posibilidades, dos prácticamente están descartadas, pues a nadie le ha parecido apropiadas. Pero las otros dos están casi empatadas, ya que la que gana lo hace por un voto, un único voto. Así que esto no nos soluciona mucho, pues queremos un resultado contundente, no por los pelos. Decidimos dejar aparcado por unos días tal quebradero de cabeza, a ver si se nos aclaran algo más las ideas. De hecho, aún nos queda bastante tiempo por delante antes de que demos por finalizada la obra que tenemos entre manos.

Y una mañana de domingo, de repente, ahí está, ahí aparece, escondido entre un montón de palabras que conviven en un artículo del periódico que estamos leyendo mientras desayunamos en nuestra cafetería favorita, esa en la que al poner un solo pie en ella ya nos están dando los buenos días y preguntando si lo de siempre. Sí, cogemos un bolígrafo y lo subrayamos, no se nos puede escapar. Incluso miramos a nuestro alrededor para comprobar que nadie nos observa y lo pronunciamos en

voz baja. Es precioso, qué bien suena, solo tres palabras, pero qué tres palabras, las estábamos esperando con los brazos abiertos. Sabíamos que el título perfecto para nuestro nuevo libro existía y por fin se ha dejado ver. Qué remolones se hacen a veces estos tipejos. Hacemos una breve consulta en nuestro móvil y comprobamos que nuestra intuición no nos falla, vamos a ser los primeros en utilizarlo. Poco después lo compartimos con nuestros íntimos, y sí, ahora sí hay unanimidad. A última hora de la tarde, después de una magnífica jornada de ocio dominical, encendemos el ordenador y en la primera página del archivo donde guardamos nuestra nueva obra escribimos el tan ansiado título sobre nuestro nombre. Lo observamos durante unos segundos en la pantalla y no podemos evitar, a la vez que sonreímos, pronunciar otras tres palabras: “Bienvenido a casa”.



zumaque

## Respuesta editorial

Hemos terminado de redactar el proyecto editorial, ya sea de una obra que hemos terminado de escribir o de una que queremos llevar al papel y hemos elaborado una muestra para convencer al posible editor. Ahora toca elegir a qué sello vamos a enviarlo. Sabemos que hay editoriales que solo contestan si están interesadas en la propuesta y que otras no tienen abierta la recepción de originales. Así que hacemos una lista donde incluimos las que nos gustaría que nuestro libro saliera publicado y que sí aceptan proyectos, o al menos no indican lo contrario. Y a partir de ahí empezamos a mover nuestra nueva criatura en busca de quien quiera apiadarse de ella.

Poco después, cada vez que abrimos nuestra cuenta de correo lo hacemos con un peculiar entusiasmo. Estamos deseando que llegue una respuesta, incluso aunque sea para decirnos que ahora mismo están saturados de manuscritos por estudiar y no van a valorar nada nuevo. Pero pasan los días y el correo no llega. Cada vez que oímos el aviso que nos indica que en la bandeja de entrada tenemos un nuevo mensaje, inmediatamente pensamos que ese debe ser el que estamos esperando, aunque seamos conscientes de que hay muchas más posibilidades de que se trate de una oferta de unos grandes almacenes de la que no tenemos el más mínimo interés.

Sin embargo, un buen día, cuando ya casi habíamos perdido toda esperanza de recibir ese ansiado correo, de repente, en ese listado en negrita que indica la correspondencia electrónica sin abrir, hay un texto que brilla de una manera especial, que nos parece gritar “¡¡¡aquí estoy por fin!!!”.

No obstante, aún no nos atrevemos a abrirlo. Recapitamos un momento. Por el tiempo transcurrido, quizás existan más probabilidades de que sea una respuesta positiva, indicándonos que les ha gustado lo que hemos enviado y quieren incorporar nuestro futuro libro a una de sus colecciones. Pero no nos podemos hacer muchas ilusiones, pues después el golpe puede ser peor. Nos fijamos en el remitente, y es una de las editoriales que más nos gustan, de las que más deseábamos que nuestro proyecto pudiera tener cabida en ella. Eso lo hace aún todo más emocionante. Bien, no le damos más vueltas, nos acomodamos bien y por fin pulsamos para que el “Asunto” y el “Remitente” se metamorfoseen en el mensaje, en la carta, en el texto que nos quieren transmitir.

Y ahí está, antes de leerlo comprobamos de cuántas líneas se compone el texto. Y para nuestra satisfacción vemos que son bastantes, por lo que nuestra esperanza de que la respuesta sea positiva aumenta, pues por nuestra propia experiencia sabemos que las de rechazo suelen ser más escuetas.

Cuenten lo que nos cuenten, tenemos una cosa clara, este momento de verdadero gozo ya lo hemos disfrutado. Ahí vamos...



zumaque